

PRECIO EN MADRID.

Por un mes.....	4 reales.
Por tres id.....	11 »
Por seis id.....	21 »
Por un año.....	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon.....	15 reales.
Por seis id.....	28 »
Por un año.....	50 »
EXTRANJERO.—Tres meses.....	30 »
ULTRAMAR.—Un año.....	6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingos

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

GIL BLAS

CRÓNICA POLÍTICA

El trato engendra cariño.

Así dijo no sé quién y repiten no sé cuantos.

Una prueba de esta verdad es lo que á mí me pasa con la muerte, pues como no la he tratado todavía de cerca, me falta la confianza para hacerla una pregunta que podria ser del mayor interés. No dudo que la muerte, segun nos han dicho varios aficionados, es una amiga fiel que nunca abandona al hombre; y á cualquiera de mis amigos, más afortunado que yo en esta clase de relaciones, encargo que si la ve por ahí, le pregunte los motivos que ha tenido para llevarse al general O'Donnell.

Falta saber si la visita de la muerte es una venganza ó una distincion, pues no puede comprenderse de otro modo su manera de obrar. Venganza, cuando el sér á quien acaricia no le proporciona más que disgustos; distincion, cuando al llevárselo le impide que continúe haciendo tonterías por aquí abajo.

Así diria yo á la muerte:

—Respetable matrona: me han enseñado mis gloriosos antecesores que en este mundo no sucede nada sin permiso de la Providencia. Ahora bien: ¿cree la Providencia que el general O'Donnell ha cumplido su mision en la vida?

Seria muy fácil que á esta pregunta contestase la muerte:

—Eso preguntélelo Vd. á la Providencia, que es la que lo sabe.

Y yo me quedaria con mis eternas dudas.

Puesto que es imposible penetrar los misterios de ese acto que viene á ejecutar la Parca, con la misma serenidad que Rios y Rosas ejecuta los actos parlamentarios, aceptemos el hecho de la muerte de O'Donnell como una desgracia: ¿para quién? ¿para su familia? ¿para su partido? ¿para la nacion?

La tumba se ha cerrado ya sobre el hombre objeto en vida de tanto panegirico y tanta censura.

El último redoble de tambor y el postrer cañonazo resonaron el domingo junto á la iglesia de Atocha: la eternidad nos separa de él, y la eternidad no es ninguna Constitucion que pueda alterarse fácilmente por la fuerza de los tiempos,—ó de los ministerios.

En el número anterior rendimos tributo á la memoria del español, del militar distinguido, del honrado patricio.

Hemos cumplido con los deberes que imponen la verdad y el respeto al dolor de la familia y de los amigos; por lo tanto, desde hoy podemos hablar ya sin recelo del hombre político, sin faltar á ninguna consideracion.

¿Qué era el general O'Donnell?

Para los hombres de ciertas ideas, un temor; para los

amantes de la libertad, una desconfianza. ¿Tenia un criterio fijo? No. Era liberal, y algo más que liberal, para alcanzar el poder; era reaccionario para mantenerse en el poder. Los hombres que en política no representan una aspiracion constante, un ideal inquebrantable, no dejan en el cielo político ninguna constelacion que sirva de guia á los peregrinos que buscan señales para enderezar sus pasos por el desierto.

Muerto el general, ¿á dónde dirigirá sus ojos la nacion española? Así ha dicho un diario vicalvarista, sin hacerse cargo que la nacion española puede dirigir sus ojos á cualquiera parte donde haya un código político, sin temor de encontrarse con el del general O'Donnell, por que el general O'Donnell no deja escrito ninguno.

O mejor dicho, donde quiera que haya un código podrá decirse que allí está el ideal político del antiguo jefe de la Union liberal, porque los tenia todos.

Por ejemplo, si mañana apareciese un libro con este título: *Modo de conquistar la libertad conspirando*, cualquiera veria en él el ideal del general O'Donnell; y si despues se publicase otro titulado: *Modo de matar la libertad desde el poder*, lo veria tambien.

No es nueva esta doble faz que presentan los grandes hombres, unas veces para sostenerse en el poder, y otras veces para disculpar á su amo, como hace el príncipe Gortschakoff en la circular sobre la cuestion de Oriente.

Esta cuestion, como la de Roma, viene preocupando á Europa hace largos años, y por más soluciones que se le buscan más amenazadora se ostenta.

El príncipe Gortschakoff dice con toda la sencillez de un ruso que no es sencillo:

«Anticipándose á una explosion con prudentes concesiones á las demandas de los candiotas, con una satisfacion equitativa á los deseos de los sérvios, y por último, con reformas serias que asegurasen á los súbditos cristianos del sultan condiciones tolerables de existencia, podia esperarse un apaciguamiento de los ánimos que reservase al tiempo, al progreso de las ideas y al desarrollo de los intereses la solucion pacífica de las dificultades sociales y políticas de la cuestion de Oriente.»

A esto puede responder el gran Turco si le da la gana:

«Diga Vd., Sr. Gortschakoff, ¿por qué no se anticipó Vd. con prudentes concesiones á la explosion de los polacos?

«¿Quiere Vd. que yo asegure á mis pueblos condiciones aceptables de existencia, cuando Vd. ha estado escandalizando á Europa con las sangrientas escenas de Polonia?

«Amigo mio, seamos lógicos: yo no hago más que imitar y seguir al pié de la letra esa política rusa que hoy mismo está Vd. siguiendo con tan extraordinario éxito, y que consiste en modificar la sangre de esos pobres súbditos, haciendo injertar el árbol polaco con la rama rusa.

«Se le han sublevado á Vd. y los ha fusilado hasta en sus creencias; se me sublevan á mí y hago lo mismo.

«Así, pues, amigo mio, está por averiguar todavía cuál es más bárbaro de los dos.»

Si este lenguaje llegara al príncipe Gortschakoff desde las orillas del Bósforo, no sé hasta qué punto se resistiria á estrechar la mano de su compañero; lo único que sé es que *La Epoca* cree que la circular rusa obedece á un criterio moderado.

Y hablando de criterio moderado, ya saben Vds. que tengo motivos para escamarme.

En fin, despues de habernos dicho el telégrafo lo que ha tenido por conveniente sobre la accion de Monte-Rotondo, parece que ya empezamos á vez claro en este asunto.

Y verdaderamente esta campaña de Italia parece una comedia de magia. Todos los dias, segun habrán ustedes leído, los papalinos derrotaban á los garibaldinos, y á la mañana siguiente sabiamos con asombro que los últimos habian adelantado unas cuantas leguas, mientras los papalinos se iban retirando, cargados de laureles sin duda, á las trincheras de Roma.

Nuevo combate, nueva derrota de los garibaldinos y nueva retirada de sus contrarios. En este estado las cosas, y cuando por las derrotas causadas á los soldados de Garibaldi ya no deberia quedar uno solo, nos dicen que la cosa va tan mal, que se hace precisa la intervencion francesa. ¡Y sin embargo, la fama de los papalinos cundia por el mundo! ¡Y hasta nuestro Carulla se entusiasmaba!

Llega la accion de Monte-Rotondo; se nos dice durante unos dias que los papalinos solos han derrotado á Garibaldi. Vienen detalles, y el mismo *Monitor* declara que los franceses tomaron parte, y el mariscal Niel asegura que el fusil chassépot jugó en la fiesta.

¡Bravísimo! Hé aquí lo que escribe de Roma el corresponsal del *Figaro* con fecha 3:

«A las cuatro de la madrugada ha salido la expedicion para Monte-Rotondo, donde Garibaldi se encuentra al frente de cuatro mil hombres. La expedicion se compone:

- Del 2.º batallon de cazadores de á pié;
- De un batallon del 1.º de línea;
- De un batallon del 29 de id.
- De un batallon del 59 de id.
- De dos baterías de artillería francesa.

Les acompañan los soldados pontificios, y manda la expedicion el general Polhéas, jefe de la 1.ª brigada de la division Dumot.

Roma está tranquila, pero desierta. Los franceses y los pontificios son heridos á puñaladas en las calles durante la noche.»

Tenemos, pues, que las tropas italianas han dejado solo á Garibaldi, que este tenia 4.000 hombres nada más, y que fueron contra él franceses y pontificios con artillería é infantería armada de fusil de aguja.

Estos son los hechos. En cuanto á la tranquilidad de Roma, de que nos ha-

bla el corresponsal del Figaro, hay motivos para tenerle más miedo que si fuera un tumulto.

Roma desierta... no es extraño que esté tranquila. Pero los franceses son recibidos á puñaladas; pues ya es extraño que la tranquilidad sea verdaderamente... tranquila.

Por mi parte quisiera vivir siempre lejos de esa tranquilidad, que consiste en no encontrarse por las calles alma viviente, sino arma hiriente.

TEATROS

PRINCIPE: El argumento de un drama, comedia de don Antonio Hurtado.—JOVELLANOS: La letra con sangre entra, comedia en tres actos y en verso.

En pocos terrenos como en el literario puede observarse con facilidad el instinto de imitación que existe en el hombre.

Un escritor de quien nadie se acuerda escribió siglos atrás un libro de caballería, y las obras de esta índole inundaron el mundo conocido en pocos años.

Cervantes escribió la primera parte de El Quijote, y no tardó en aparecer el envidioso Avellaneda con otro andante y otro escudero. Dios solo sabe las imitaciones que á esta hubieran seguido, si Cervantes, al terminar la segunda parte del ingenioso hidalgo, no «hubiese colgado su peñola diciéndola que permaneciera de este modo hasta que algun malandrín la descolgase para profanarla.»

Ocurrióse á Eugenio Sue escribir los Misterios de Paris, y al cabo de algun tiempo los catálogos de las librerías contienen Los misterios de Londres, Los pequeños misterios de Paris, Los misterios de la torre de Londres, Los misterios de Madrid, y qué se yo cuantos misterios más, que no es empresa de poco momento conservar en la memoria el prontuario de esta misteriosa literatura.

Un poeta dramático comprende que en la ruina de un hombre poderoso se encierran situaciones que bien presentadas han de conmover al espectador, y escribe un drama ó una comedia en que el protagonista es un banquero arruinado.

Pues antes de dos años no habrá comedia cuyo personaje principal no sea un comerciante, que por estas ó las otras causas se ve obligado á declararse en quiebra. Y vemos en una comedia al banquero arruinado, y en otra al banquero en visperas de arruinarse, y en otras al banquero antes de la ruina, en la ruina y despues de la ruina, y escuchamos declamaciones contra el lujo, y pasa una temporada, y despues otra, y luego otras muchas, y nuestros poetas siguen exhibiendo banqueros y predicando moral que da gusto el oírlos.

¿Es esta falta de inventiva de nuestros poetas? ¿Es timidez?

Averíguelo Vargas. El hecho es cierto: que todos los asuntos de nuestras modernas comedias parecen vaciados en un mismo molde, no puede negarse.

La esposa que está muy próxima á ser infiel, el esposo que concibe sospechas, el amante que se oculta, el amigo que lo adivina, la carta que se olvidó ó que se cambió: ahí tienen Vds. todos los recursos, muy ingeniosos sin duda alguna, pero escivamente viejos, que única y exclusivamente emplean los escritores de nuestra época.

En El argumento de un drama no existe el carácter del banquero, esto es verdad; pero ¡ay! que á pesar de todo, la comedia del Sr. Hurtado no se distingue por su novedad.

Yo toleraría de buen grado que dos futuros esposos de la buena sociedad habitasen bajo el mismo techo,—cosa que no sucede nunca,—yo admitiría que una señora casada, virtuosa y digna entrase de tapadillo en casa de un joven soltero, solo para pedirle una esplicacion innecesaria y ridícula; pero aun aceptado esto, no hallo modo alguno de justificar razonablemente muchas cosas de las que en la comedia se verifican.

Ni de tiempo ni de espacio dispongo ahora para referir detenidamente el argumento; aun pudiendo hacerlo no lo haría, porque tengo la seguridad de que el relato habría de ser poco favorable para el autor, que cubriendo con las galas de un castizo lenguaje y de una versificación armoniosa la pequeñez esencial de su comedia, ha sabido presentar al público un cadáver cubierto con magníficas vestiduras. El público le ha recibido con aplauso; lo celebro por la empresa, lo deploro por el escritor, y lo deploro más por el público.

Dos palabras acerca de la ejecución. Matilde ha comprendido su papel, cosa que en ella no debe parecer extraño, y lo interpreta bien.

Elisa Boldun no ha podido comprender el suyo por la razón sencillísima de que, en conjunto, el papel de una niña enamorada, tierna, discreta á las veces, mal educada en ocasiones, suspicaz ahora, crédula despues, es incomprendible; sin embargo, hay que decir en justicia que las escenas en que el carácter se define de algun modo, las desempeña con inteligencia y acierto.

Juan Catalina representa en caricatura el papel de poeta; sea muy enhorabuena. El sabrá por qué lo hace así; si su objeto es escitar la risa, confieso que lo consigue; no le envidio, sin embargo, tan fácil triunfo.

Las condiciones especiales del Sr. Olona, no son, en mi concepto, á propósito para el papel que le han encargado.

Darío de San Juan, el diputado influyente, el hombre tan poderoso que tiene en su mano nombrar nada menos que un capitán general de Filipinas, no debe aparecer como aparece el Sr. Olona. Ese continuo frotarse las manos, el afectado fruncimiento de cejas, el instintivo ponerse y quitarse los guantes, cosas son todas que demuestran claramente que este actor, muy apreciable sin duda para papeles de otra naturaleza, no está allí en su verdadero carácter.

Manuel Catalina estuvo bien, aunque no pudo menos de llamar mi atención que hasta para almorzar conservase un abrigo que es innecesario dentro de una casa.

El papel de Oltra es insignificante, aunque no corto, y fué desempeñado con cordura.

Dos noches solamente se ha representado en Jovellanos la comedia La letra con sangre entra, y valdría más que no se hubiera representado ninguna.

Mucho hay en la forma de esta comedia que hace comprender en el autor dotes de escritor eminente, muy poco comunes; á esto se debió sin duda alguna que el público no manifestase de un modo ostensible su desagrado hasta la segunda mitad del acto tercero.

La versificación y el diálogo son inmejorables.

Por lo demás, el argumento, cuyo objeto es esencialmente filosófico, se desenvuelve de una manera tan cándida, tan pueril, que no consigue inspirar interés, sosteniéndose la atención únicamente por la armonía de los versos y lo discreto de las ideas.

Toda la belleza de la forma no son parte, sin embargo, para que se admitan sin escrúpulo una lección de historia sagrada impertinente, unas palmetas de péximo gusto, un barbero, baron del Baño, completamente inútil, una prima agena á la acción, un novio incoloro y un tanto indefinible.

Si pudiera prescindirse de todo esto, la obra me parecería sublime.

No quiero hablar á Vds. de una comedia inocente que lleva por título Mal de suegra, ni de otra parodia más inocente todavía que se titula Sol y sombra, porque en realidad poco bueno podría decirse, y por hoy me encuentro cansado de llorar lástimas.

Letrilla.

Al bicho presupuestivoro que á Santa Nómima reza y con estómago omnívoro cifra en comer su grandeza; y es proeza de su talento ignorado el aplauso que repite en el nacional convite... ¡que le peguen un bocadito!

Al sacristán moffetudo que al frente de una pandilla quiere la ley del embudo poner por ley en Castilla, y se humilla tan candidote y sencillo; en la plaza en que predica y á los suyos edifica, ¡que le suelten un novillo!

Al diplomático grave que á las naciones aterra y que en incógnita clave su suerte á su gusto encierra; si la guerra alza su frente maldita, y tras tanto pedantismo rómpele el mundo el bautismo... ¡que le peguen una grita!

A los sábios congregados que con talento de oficio pasan el tiempo agrupados, y de hacer un sacrificio dan indicio... el del país, que aguarda (matando el hambre á discursos) de sus tutores, recursos... ¡que les pongan una albarda!

Al refractario hotentote que se resiste bravío á otra luz que la que brote de su cerebro vacío; —al impío que en el mundo haciendo el maula, cual avechuelo siniestro solo para el mal es diestro... ¡que le lleven á una jaula!

GACETILLA NEA

Pues señor, nuestro gozo en un pozo, ó como si dijéramos: ya no hay nada de lo dicho.

El Pensamiento Español abandona decididamente al Sr. Nocedal: esto nos hace presumir que el Sr. D. Cándido insiste en publicar La Constancia.

La Epoca, el periódico célebre de los equilibrios y de las galanterías, dirige rudos ataques al nuevo presidente de la Academia de Jurisprudencia, y esto nos hace presumir que el Sr. D. Cándido desiste de publicar La Constancia.

¿En qué quedamos, La Constancia se publica ó no se publica?

Es muy probable que se publique; por lo demás, La Constancia del Sr. Nocedal no puede ménos de anunciarse de esta manera:

El Sr. Nocedal defendió en 1857 que el cargo de senador debía ser hereditario.

En su futuro periódico defenderá, segun dicen, que debe ser un cargo electivo.

Despues de esto, nada más natural que publicar un diario que se titule La Constancia.

Díganosen ahora si es ó no cierto que los tiempos han cambiado algo.

Entretanto, el Sr. Carulla prosigue su viaje hácia Roma: varios parientes del antiguo redactor de La Esperanza han querido costearle un zuavo que le acompañe en su expedición.

Esta noticia me hace brincar de gozo. La acabo de leer en un periódico neo, y á pesar de todo me parece verosímil.

¿Quieres que al mundo alborote tu fama de adalid bravo? Pues compra un borrico al zuavo y cádate Don Quijote.

En tanto que el Sr. Carulla prosigue su viaje tan heroico acompañado del zuavo que le ha proporcionado su tío, La Lealtad combate denodadamente á los garibaldinos con artículos jocosos que hacen llorar, y composiciones tristes que hacen reír.

Y sin embargo, apenas puedo creerlo: La Lealtad empieza á liberalizarse. No hace muchos dias se nos descolgó elogiando la prensa y nos parece que hasta se permitió decir que es la palanca maravillosa del progreso.

Mucho me equivoco si esta especie de travesurilla no cuesta al hermano más joven de la fracción nea una severa reprimenda por parte de El Pensamiento Español.

Es lo cierto que La Lealtad, con la imprudencia natural de la juventud, se ha colocado más de una vez en abierta hostilidad con sus compinches.

En esta ocasion, los síntomas son más graves, si algo grave puede haber tratándose de tales niñerías.

Ya veremos cómo se salvan estas diferencias entre los compadres neo-católicos, que en verdad no son las primeras ni es probable que sean las últimas.

Pues siendo los tiempos buenos, odiándose los verás; y á medida que son más se van entendiendo ménos.

Esto es muy sencillo, es una simple cuestion de cargo y de data, ó mejor aun, de repartimientos proporcionales.

Olvidaba decir á mis lectores que La Esperanza reproduce algo tarde el discurso pronunciado por el señor Nocedal en la Academia de Jurisprudencia.

Añado á esta noticia, que La Esperanza no hace acerca de él comentario alguno.

Esto podrá ser la clave de alguna cosa más grave.

Sería yo muy injusto si no recordase que El Pensamiento Español escribe sobre política francesa, y ¡qué bien pone la pluma el pícaro!

Veán Vds. como principia: «Hasta que la moderna civilización se propuso arrebatarse á la verdad y al bien el cetro del mundo, extraviando el corazón y la inteligencia del bello sendero por donde caminaban...»

¡Bello sendero! Ahí es nada: ya sé cual sendero dices, el de los tiempos felices del señor de Torquemada.

Veán Vds. ahora cómo concluye: «Si despues de pesar bien todas las consecuencias de la salvaje lucha garibaldesca.

¡Salvaje! ¡Cuán comedido es tu estilo! Lo confieso, no sé cómo dices eso sin darte por aludido.



El movimiento continuo.

—¡Atrás!
—¡Adelante!

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

—¡Imposible! No me baño por no quedarme, y no me quedo por no separarme de Vd., y no me separo porque tengo celos.
—¡Ay, qué gracioso! ¿De quién tiene Vd. celos?
—De todo el mundo: del ferro-carril, del maquinista, del que viaja con Vd. y hasta del guarda-aguja.
—¡Calle Vd., hombre!
—No callo; yo quiero marcharme con Vd.
—Puede Vd. hacerlo.
—Ese es el caso, que precisamente hoy por hoy no puedo hacerlo.
—¿Está Vd. malo?
—No, estoy peor; ayer jugué y perdí el dinero que tenía.
—¿Y no es más que eso?
—Manguela se alegró mucho al oír esta exclamacion.
—De seguro me abre su bolsa, se dijo.—Pues sí señora, continuó, el pícaro juego...
—¿Y con cuánto tendría Vd. bastante?
—¡Caíste! Con poco, lo preciso para el viaje, porque en llegando á Madrid pediré lo que necesite á mi administrador.
—Pues voy á darle á Vd...
—¡Bendita sea su boca! Gracias por tanta bondad, y lo acepto por venir de Vd. ¡Venga, pues!
Y extendió la mano hácia la carnícera, la cual se quedó algo suspensa viendo la actitud del jóven.
—¿Qué espera Vd.? le dijo por fin al notar que continuaba con la mano extendida.
—Los cuartos para el viaje.
—No, si lo que voy á dar á Vd. es un consejo.
—¡Ah! ¡Un consejo!
—Sí, y es, que ponga Vd. un parte telegráfico á su administrador para que inmediatamente le gire fondos.
—¡Infeliz criatura, ¿no sabes tú que eso lo tenía yo ya pasado en cuenta? Y perdone Vd. que le haya llamado de tú.

—No hay de qué.
—¿Con que Vd. no tiene fondos que adelantarme?
—No señor.
—¿Y mi amor, qué va á ser de mi amor si Vd. se va y yo me quedo? ¡Vamos, conteste Vd., alma mia!
—No sé qué contestar.
—Hace Vd. bien, porque Dios no le ha dado á usted gracia para eso.
—Antes decía Vd. que yo era la mujer más graciosa que habia conocido.
—Sí señora, y hace ya tres dias que lo vengo diciendo; pero al ver hoy que no me hace Vd. ese pequeño adelanto, ha descendido Vd. á mis ojos en gracia y en hermosura lo menos tres piés.
—¡Hola! Parece que le pica á Vd. Pues mire Vd., siempre me figuré que me hacia Vd. el oso por chupar algo.
—¡Pues no que se lo haria á Vd. por su buena cara!
—¡Habrás visto insolente!
Manguela cogió el sombrero. La vieja exclamó:
—A ver si se va Vd. con viento fresco.
—Adios, carnícera, me has hecho gastar mucha saliva y cuatro reales en un cuello postizo para venir á verte. No me lo perdonaré. Tendré siempre sobre mi corazon el cuello para castigar mi inocencia. Te llamo de tú porque me dá la gana, y porque no pienso verte en mi vida, y porque no mereces mi cariño, que era tan desinteresado que se contentaba con mil reales.
—¡Vaya Vd. con Dios, so pèrdís, silbante, morral!
La carnícera no se mordía la lengua, y si Manguela hubiera tardado en marcharse, quizá no se hubiera contentado solo con mover la lengua.

II.

Apenas salió de la fonda se dirigió á la estacion donde Pacholí estaba facturando su baul. Allí, delante de la gente que se hallaba disponiendo su viaje, fué donde Manguela buscó la ocasion de dar golpe con objeto de ablandar á su amigo.
Así que lo divisó apartó á uno y otro lado la gente que habia alrededor, y con tono al parecer compungido, dijo á Pacholí arrodillándose delante de él:

—Amigo mio, piedad para este infeliz! No me abandones. Tú me sacaste de Madrid, y solo te pido que me vuelvas á él.
La actitud del jóven y sus palabras no dejaron de llamar la atencion de los circunstantes.
—Déjame en paz, exclamó Pacholí intentando pasar; pero el otro no le dejaba.
—Llévame á Madrid, sino quieres ser causa de mi perdicion.
—Hombre, llévelo Vd., dijo una vieja á quien Manguela estorbaba el paso.
—Levántate.
—No, en esta postura, que es la que usó D. Juan Tenorio á las plantas del Comendador, espero mi sentencia.
—¿De quién es este baul? preguntó el empleado encargado de facturar los equipajes.
—Es mio, gritó Pacholí sin poder llegarse á él para presentar su billete.
—Pues despache Vd., que está estorbando á los demás y es tarde.
—Déjame pasar.
—De aquí no me levantaré sino dices que me llevas.
—Llévelo Vd., dijeron ya todos los que presenciaban esta escena, echándolo á broma; sí, llévelo Vd., que el niño se puede perder por esos mundos. ¡Pobre niño!
No hubo remedio. El pobre Pacholí cedió al cabo y le tomó el billete por evitar más dilaciones y poner fin á una escena tan ridícula.
Así que Manguela se vió dentro del coche con su amigo volvió á recobrar su natural aplomo y su buen humor.
—Eres un caballero, chico, le dijo, y lo diré en todas partes. Te has portado conmigo como un héroe. Te quiero, Pacholí, y hasta me pareces guapo. Estoy dispuesto á sostener delante de todo el mundo que tu cara, á pesar de la contraccion nerviosa, es la cara de un gran hombre, una cara particular, que la pudiera llevar cualquier ciudadano con orgullo.

Luis Rivera.

(Se continuará)

